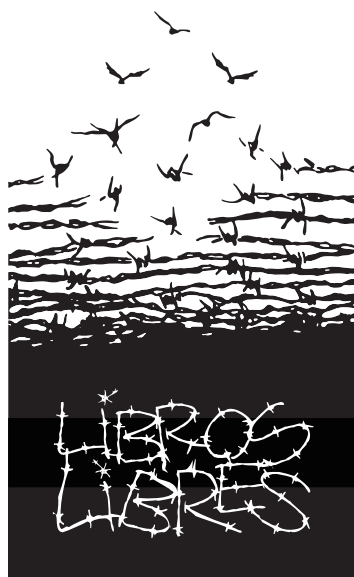

Desde acá sin acá



Jose Alejandro Mosquera

Desde acá sin acá

José Alejandro Mosquera



PRÓLOGO

Desde Acá Sin Acá es un libro que nace desde las entrañas de una realidad que muchos prefieren ignorar: el mundo carcelario.

José Alejandro Mosquera nos invita a un viaje íntimo y descarnado a través de relatos que son, a la vez, desafíos literarios y testimonios de vida. Con una advertencia inicial que funciona como provocación —“Este es el peor escrito que han tenido ante sí”— el autor nos reta a mirar más allá de las palabras, a buscar la esencia de lo humano en espacios donde la humanidad parece haberse extraviado.

Este no es un libro convencional. Es un salpicón de historias, como él mismo lo define, donde se entrelazan la memoria, el dolor, la resistencia y la esperanza. Mosquera escribe desde un lugar físico y emocional marcado por la privación de libertad, pero paradójicamente, sus palabras son un ejercicio de liberación absoluta: cuando Mosquera escribe es libre. Cada texto es un acto de rebeldía contra el olvido, contra el silencio, contra la invisibilidad de quienes habitan tras los muros.

Los relatos de esta colección transitan entre géneros y tonos con una libertad que refleja el estado de ánimo de quien escribe sin las ataduras de las convenciones literarias. Encontramos desde la evocación sensorial de “Mara-cuyá” —donde el sabor de una fruta se convierte en puente hacia la infancia y la familia— hasta la crudeza testimonial de “¿Para qué llorar?”, que nos sumerge en la experiencia del encarcelamiento con una honestidad brutal.

Mosquera no busca la piedad del lector. Su escritura oscila entre la poesía (“Lloran”, “Dulce”), la reflexión filosófica (“Existencia”, “Libertad”) y la narración descarnada de la vida en presidio. Hay humor negro en “Recomendación”, donde reimagina las fábulas de Rafael Pombo en contexto carcelario; hay orgullo identitario en “Soy negro”, un texto contundente sobre la herencia africana y la resistencia histórica; y hay vulnerabilidad en “Pensando en ti” y “Aprendí”, donde el amor se abre paso entre los barrotes.

El texto que abre el libro, “Desafío”, es quizás el más revelador: es un enfrentamiento con la página en blanco, ese espacio “cruel, despiadado” que el escritor debe conquistar cada día, ese despertarse luego del sueño que puede ser liberador, para encontrarse inmerso en un sistema de rutinas, órdenes y paredes. Este combate íntimo con la escritura se replica en “El escritor”, donde Mosquera satiriza las exigencias del mundo literario y reivindica su derecho a escribir desde su propia voz, sin academicismos ni concesiones.

En “El Actor”, el autor explora la transformación que produce el arte —específicamente el teatro— en la vida de un recluso. Un obra teatral se convierte en metáfora de redención, en posibilidad de ser otro, aunque sea momentáneamente. Esta búsqueda de identidad permea todo el libro: ¿Quiénes somos cuando nos despojan de todo? ¿Qué queda cuando nos arrancan el nombre, la libertad, el futuro? ¿Cómo ver la detención, a pesar de las interrupciones constantes y la imposibilidad de estar a solas, como un momento lúcido y recuperado para la introspección?

Varios textos funcionan como cápsulas de memoria donde los sentidos activan el recuerdo: el sabor del maracuyá, el agua caliente de una ducha, las lágrimas que por fin pueden fluir. Estos momentos de reconexión con lo humano son actos de resistencia frente a un sistema que deshumaniza. El agua fría de las duchas en “¿Para qué llorar?” se convierte en símbolo de las pequeñas crueldades cotidianas, pero también de las pequeñas victorias: cuando finalmente llega el agua caliente, no hay llanto, hay canto.

Desde *Acá Sin Acá* es un libro imperfecto, como lo anuncia su autor, pero es justamente esa imperfección la que le otorga autenticidad. Mosquera no pretende ser un escritor consagrado; es un hombre que escribe para sobrevivir, no se vive del arte, pero se sobrevive gracias a esa práctica que le ayuda a mantenerse vivo mentalmente, para no desaparecer en la masa uniforme de “los naranjas”, como se autodenominan los reclusos en la Cárcel Distrital de Bogotá, un presidio tan sólido en su cromatismo que no hay nada color verde.

Su dedicatoria a su familia —Blanca Inés, Dorio Alejandro, Tatiana Fernanda— nos recuerda que detrás de cada recluso hay una historia, vínculos rotos, amores interrumpidos. Y su epígrafe, “Se esclaviza la carne, o el cuerpo, pero jamás, se podrán esclavizar los pensamientos”, es la declaración de principios que sostiene cada página de este libro.

Invitamos al lector a aceptar el desafío que nos plantea Mosquera: a leer con atención, a buscar entre líneas, a no dejarse vencer por la aparente desorganización del texto que no es más que un retrato real del gran malentendido de la existencia. Porque en este salpicón de historias late un corazón que se niega a dejar de latir, una voz que se niega a ser silenciada, un espíritu que encuentra en la escritura su forma más pura de libertad.

—Lucas Ospina
Profesor Asociado
Universidad de los Andes
Bogotá

— A mi familia que lo es todo para mí—

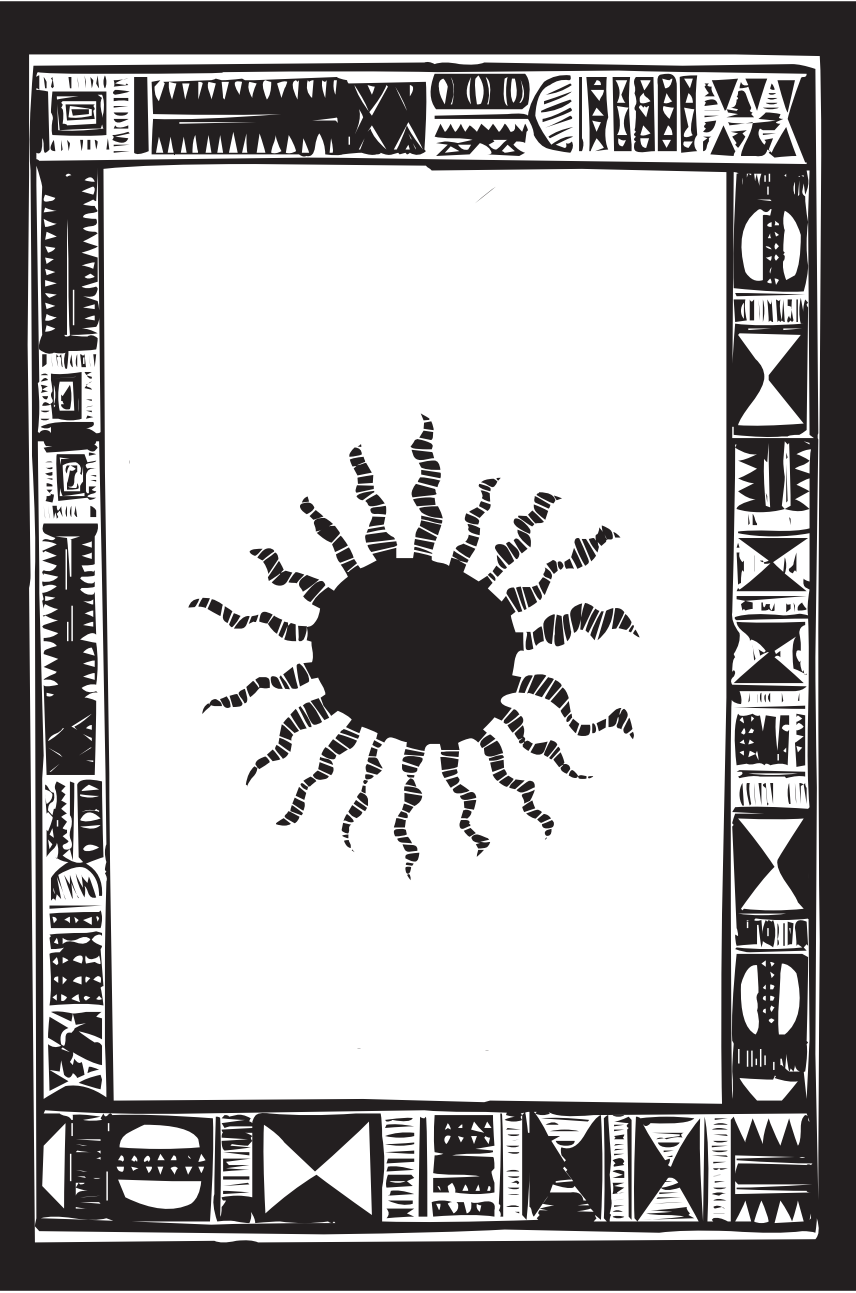
Blanca Inés
Dorio Alejandro
Tatiana Fernanda

DESDE ACÁ SIN ACÁ

Este es el peor escrito que han tenido ante sí; recuerden que la mayoría son buenos y otros excelentes, pero el presente es pésimo, porque fue escrito así. Por lo tanto, los reto a poner toda su atención en este salpicón de historias muy malas, para tratar de entender algo de lo que el escritor quiso dejarles a todos ustedes.

¡Les deseo suerte!

José Alejandro Mosquera



Soy negro

Soy negro como el azabache y libre como el viento.
Se esclaviza la carne, o el cuerpo,
pero jamás, se podrán esclavizar los pensamientos.

Desafío

¿Ves? Ya te atravesé, varias veces sin temor, y no sólo eso: el inicio fue al revés; me da curiosidad saber si siente o qué piensa de este desafío.

Ya veremos. Pero no tengo idea, no pienso, trato de no hacerlo. Le rehúyo, no quiero telarañas, nubes... ¿Para qué? Es más, ya estoy cada día más lejos de hacerlo.

Valdría la pena saberlo, ahora, cuando entre y me enfrente nuevamente a esa blancura excesiva, cruel, despiadada. Preguntaré, si aún vale la pena seguir; es posible que no me deje, que quiera renunciar, o tal vez acepte y enfrente y trate de desafiar este miedo que carcome mis entrañas, devora mis sentidos.

Lujuria de sentimientos sin destino; ya voy llegando, falta poco, apenas unos suspiros, eso creo. ¿Miedo? Sí, mucho. Transpira mi piel, se aceleran los latidos, frenesí de pasiones.

Acá estoy, acá estamos frente a frente, nuevamente. Después de mucho tiempo nos volvemos a encontrar. ¿Por qué me desafía, por qué me reta? Con esa cara blanca resplandeciente y el mismo tiempo vacía. Sí, vacía. ¿Y aun así me retas?

Aceptar o no, es el camino que debo escoger. Sin remedio debo hacerlo. Sé que tienes el poder de sacar lo peor y lo mejor de mí.

¿Qué será esta vez?

Maracuyá

Un día mi madre, tomó en sus manos, unas frutas casi redondas, algunas arrugadas, otras lizas; Era pequeño y no las conocía aún. Preparo un jugo con ellas, entonces pregunte ¿cómo se llamaban aquellas verdes y amarillas pepas?

—“Maracuyá, así se llaman hijo, maracuyá”.

Me sirvió en un vaso pequeño y al probarlo quedó en mi mente y en mi paladar ese sabor y olor que jamás se fue; Como quedó también el recuerdo de ese lugar en el que vivíamos, era muy grande y espacioso, con un solar gigantesco, en el que había toda clase de frutos y una tortuga enorme, en la que mis hermanos y yo, de vez en cuando paseábamos, acompañados todo el tiempo de un calor sofocante, el cual calcinaba al medio día, y en el que las calles quedaban desoladas, pues todos se resguardaban de el incesante y agobiante clima.

Fue allí, en ese instante, a esa hora, en que mi madre me dio a probar aquel líquido. Estaba frío, diría muy frío. Bajo por mi garganta como un rayo, como una saeta y dejó a su paso esa maravillosa sensación; era ácido, fuerte, tal vez dulce, olía a... no sé a qué olía, sólo sé, que todo mi ser se embriagaba; Aquella alucinación se fugaba por pequeños lapsos de tiempo. Sin embargo, siempre estaba presente en mis glándulas gustativas.

Por aquellas cosas de la vida —a las que comúnmente llamamos destino— llegue al lugar más inesperado, que jamás podía imaginar, la cárcel, sí la cárcel, y, ese delicioso recuerdo desapareció por un largo tiempo, hasta que un día, sentí ese aroma familiar, deliciosa, embriagante en verdad, no lo podía creer, pero al parecer era cierto; evoque a mi madre, a mi hogar, al calor sofocante: era inconfundible, era indudable, todo mi cuerpo sintió aquel olor y mis glándulas se dispusieron para recibir el divino néctar de aquella sublime fruta.

Así fue, nos dieron jugo de maracuyá. Mi cuerpo recordó y supo nuevamente, qué era sentir aquello que deguste en mi niñez de la mano de mi madre y que tanto ayer como hoy, me hacen ser feliz.



Lloran

Lloran, como llora la arena,
En silencio, para no despertar sin dar señales de dolor,
Deja que cada grano vuele como la imaginación,

Lloran, como los niños que no saben que es el dolor,
Aquel que se acalla con una canción,

Lloran, porque llorar es bueno
Cual bálsamo de mi soledad
¡Ah! Soledad compañera de la vida,
No te alejes.

Lloran, como llora la luna
Cuando está acompañado de la Bruma,
Como aquél que busca fortuna
De mañana en una cantina

Lloran y lloran sin cesar
Esta callada soledad.

El Gran regalo

Pelé la Muelamenta con la hipocresía más descarada y con las gracias acostumbradas, eso que hacemos todos, mientras cruzamos los dedos de los pies.

Deambulando de un lado para otro, corriendo y corriendo, tratando de encontrar el anhelado silencio, pero ¡qué va!; en todos los rincones en cada espacio, ¡ahí está!, entonces me sosegué, coloqué mi mente en modo silencio mientras seguía caminando. ¡Claro! Mi imaginación seguía trabajando y quería llevarme de nuevo a donde tenía el nuevo obsequio; iba raudo hacia él, cuando escuché ¡Número, número, número! era el llamado para la formación y al conteo rutinario, es un frenesí momentáneo hasta que todos quedamos en fila, listos para la revista, —que a decir verdad dura muy poco—.

—“Gracias señores”, dice al comandante, acto seguido como algo mecánico, se escucha otra voz, —“¡Los que pasan!”

Es hora de alimentarnos, y, así, fueron pasando los días, consumido en la cotidianidad y la rutina.

Mi regalo yacía inmóvil, sin ser tocado, hasta que un día amanecí encausado y agarré todo a pata, aquél objeto rodó algunos metros y quedó abierto de par en par. Sin embargo, seguí mi camino sin reparar en nada (así soy emberracado) al regresar en la tarde, empecé a recoger el reguero y vea pues, ¡ahí Estaba! desplegando sus hojas, cual ave macho, haciendo su ritual de cortejo de apareamiento; empecé a notar que sus páginas, estaban llenas de diferentes colores ¡Y! ¿Está vaina qué? ¡Desocupados! Pensé, subrayar con colores los renglones ¿Cómo para qué? ¿Con qué objeto? Paso y paso hojas y la mayoría de ellas estaba igual, en la solapa había varios escritos en tinta negra con letra fina, uno de ellos decía “otro día, otra oportunidad.”

¡Carajo... ¡Qué bueno! instintivamente volteé el libro hacía la carátula y por primera vez me fijé en el título, quedé estupefacto:

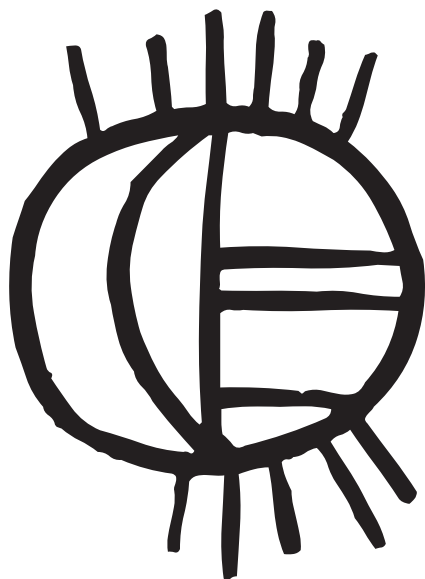
“Sagrada Biblia”.



Futuro

Querido Jam,

Tu tiempo es lo que quiero expresar,
Sabes que el tiempo es como se ve, solo eso, tiempo.
Por tanto, ya no tengas miedo de él.
Al llegar el momento,
sabrás que estás en el punto indicado para realizar lo soñado;
espéralo, llegará cuando menos lo esperes.
Siempre es así, no se detiene,
es lo que comúnmente llamamos futuro,
No te engañes,
es sólo eso, tiempo.
Sonríele y espéralo con calma, él llegará.
Te dejo por ahora,
no olvides, que irremediablemente te alcanzará.



Pensando en ti

Soñé que bailabas como una mariposa de mil colores,
que, a cada movimiento rítmico de tu cuerpo,
representaba la más bella de las danzas
y la suave brisa hacía sublime aquella danza de mil colores.

¿Y preguntabas todos los días si te he escrito un poema?
¿Es que acaso no recuerdas?
¿que siempre he escrito para ti?

Porque eres mi musa, hoy y siempre,
desde el mismo día en que te conocí,
pues tu Corazón y el mío,
latieron al tiempo.

Y no es un sueño, es la realidad.

El Actor

Son las 4:30 de la mañana, aún es incipiente el nuevo día, la suave brisa que ingresa por los barrotes acariciaba las sienes desprovistas de aquel abundante cabello que tenía al ingresar a la ilegalidad, ya casi 20 años atrás.

Despertó al sentir aquel regalo de la naturaleza, levantó su mirada hacia aquella puerta que se abre con fuerza, un día más, un día menos para la condena; mientras que su delgado cuerpo se desplaza con agilidad, con deseos de atrapar los destellos del sol que poco a poco trepa por las paredes, poseyéndolo todo.

Siempre lo mismo, es como si al tiempo se hubiese detenido; aunque él sigue en movimiento, son 20 años de una sola realidad. Sin embargo, hoy es diferente, por primera vez hará algo que jamás pensó “ACTUAR”; su rostro refleja una mueca de incredulidad, al tiempo que esboza una pequeña sonrisa, actuar y representar “Qué va.”, Trasladado de una prisión a otra, le quedó la creencia de que algún día algo pasaría con él.

Han pasado varias semanas y la Hermandad es ya un hecho; están pendiente de su llamado cada mañana y cada tarde. “Don Quijote” se llama la obra que van a representar: las tablas, las telas, la música, el ensayo. —El diablo—, su personaje; la salvación o la condena ya no importan.

Por su rostro corren las lágrimas, que borran todo sentimiento de rencor, son como el elixir de vida, para todos los integrantes del grupo, que, por una u otra razón, se aferran a una ilusión. “Vamos a actuar” es el grito que unánimemente sale de aquellas gargantas, un clamor que brota de lo más profundo de sus almas “Vamos a actuar”.

Su frente amplía, sus audífonos tejidos, se olvidan, sus diferentes tonalidades de voz; ya no se escuchan, el “Quijote”, la obra de la Literatura Universal, lo cambió.

Hoy es el actor, hoy es el amo y señor de las tablas, hoy es el “Diablo”.

Mañana... ¿Quién será...?

Dulce

¡Oh!, dulce y bendita muerte,
No te apartes de mí,
Dame tu mano y ayúdame a partir,
No te burles de mí,

¡Oh!, dulce y bendita muerte,
Dame tu néctar y no te alejas de mí,
Toma mis manos y llévame,
Con mis sueños hacia ti,

¡Oh!, dulce y bendita muerte,
¿Qué esperas para acordarte
de mí?
Deja de lado el olvido,
Y ven por mí,

¡Oh!, dulce y bendita muerte,
Apiádate de mí.



Él

Una que otra nube cubre el cielo, sólo se escucha un tenue silbido, producido por el viento z.z.z.z.. suave pero continuo z.z.z.z... una y otra vez, ellas se desplazan al compás de un movimiento rítmico que forma una bella danza, z.z.z.z... y z.z.z.z..., para allá y para, acá, una y otra vez. Y, una vez más, mientras que él permanece quieto, como si todo a su alrededor no pasará, inmune, inerte, mientras que las danzantes no paren de bailar, z.z.z.z..., z.z.z.z.. para allá, y para acá, una y otra vez más.

De pronto, aquel sonido, de la nada se hace más fuerte y las pocas nubes que danzaban, parecen huir de aquello que ya es un vendaval; ya no hay z.z.z.z..., ahora el sonido es ensordecedor, bruuuum.. brama como un toro salvaje, bruuuum... bruuuum...

Las bailarinas caen unas tras otras, lejos... otras se aferran, se esconden; mientras que él, sigue quieto, hace gala de su fortaleza, de su experiencia.

Sigue ahí, como si nada. bruuuum... bruuuum.., ya nada es claro, todo es un caos, no sólo las bailarinas vuelan, si no, un sin número de objetos, las acompañan; han aparecido unos enormes nubarrones, que dejan caer sus lágrimas sin cesar, a cada momento, con mayor insistencia y fuerza.

Aquellas lágrimas se unen al viento; sin lugar a dudas, forman un todo; para unirse a aquel ruido incesante y aterrador, que parece salir de todos lados, nada los detiene, son pocos los que se resisten y, él, ahí, quieto...

Su experiencia al parecer lo hace inmortal. Pero, para aquellos dos, nada debe quedar, todo debe caer, se unen en una sola fuerza; tac, toc, toc, z.z.z.z...bru. bruuuum toc, tac, toc, eso ya es un huracán.

Él se aferra, pero por primera vez se siente, se mueve, se inclina, resiste...

¡Qué no quede nada en pie!, parecen decir, empujan las nubes con mayor fuerza, hasta hacerlas chocar, entonces aquel encuentro produce un ruido ensordecedor y atrona-

dor, seguido de una leve y rápida claridad, acompañado de una saeta que cae justo sobre él...

Él, se siente, se reciente, se inclina, se duele, cruu, cruu, cruu,

Son los quejidos del dolor, de La derrota.

Ya no es inmortal... y cae.

Fácil

No era fácil retener el pensamiento,
solía decir todas las mañanas,
cuando intentaba salir de aquel laberinto
en el que se encontraba.

Al contrario, parecía consumirse más y más, sin saber que
decir,
puesto que no tenía nada que decir,
tampoco pensaba,
porque no tenía nada que pensar.

Todo iba y venía sin cesar,
de la misma manera y de la misma forma,
una y otra vez,
sin rostro, sin expresión, sin razón, sin existir.

¿Para qué al cielo, para qué las estrellas?
¿Para qué los minutos y las horas o los días?
¿Para qué el tiempo,
para qué la risa o el sufrimiento
si no hay pensamiento?
Fácil es subir o bajar sin movimiento,
gritar y llorar, sin expresar un lamento.



Soy negro

Soy negro como el azabache y libre como el viento.

Soy libre y siempre lo seré, pero comprendo que los hombres no pueden marchar al unísono, como los relojes, porque sé, que los demás piensan de manera diferente y eso lo aprendemos todos los días, es un juego de poder y de intereses que interviene en la historia del ser humano en su desarrollo, en su cultura y, sobre todo en sus costumbres. Sin embargo, al hombre se le puede privar de todo, menos de la esperanza, pero es triste observar la incapacidad que existe en el mundo.

Es triste constatar la incapacidad de las personas para organizarse y dar viabilidad a una esperanza razonable que se traduzca en realidad. Durante muchos años, la esperanza fue la consigna de muchos pueblos que esperaban su libertad; en Colombia, comenzó con Bolívar, quien recibió ayuda del primer país libre de América, Haití, a través de su presidente Alexander Pation, quien le dio armas al general y un contingente de hombres que lucharon codo a codo al lado de nuestros patriotas.

El libertador cumplió su promesa de que estos hombres y los esclavos americanos bajo su mando serían libres y tratados como iguales en estas tierras. Por supuesto, es bien sabido que la historia se cuenta y se escribe según los intereses de los dominadores y que deja por fuera hechos y personajes que han marcado el contexto de nuestra nación, como el desconocimiento casi unánime de Juan José Nieto Gil, el primer y único presidente negro de nuestra nación.

Los que nunca han sentido la sensación de ser tildados, señalados o discriminados no pueden formarse una idea de la acogida y la alegría que puede producir un grito de independencia y libertad.

Soy libre y lo sigo siendo, como algunos de los grandes líderes de la humanidad, amados y odiados, aclamados e idolatrados como: Nelson Mandela, Malcolm x, Martin Lu-

ther King, Pelé. No alcanzarían las páginas para referirme a todos los hombres y mujeres de raza negra como suelen llamarlos los que desconocen, qué es, en realidad una de las pocas razas puras que habitan hoy este planeta.

Sé de dónde provengo, sé de mis orígenes y me siento orgulloso de ello, soy descendiente de hombres atléticos perfectos, altivos y libres como el viento y cómo esa Tierra que habitaban antes de qué se interpusieron los intereses económicos y políticos de la humanidad.

Y, no es verdad a mí parecer que el que vence convence; nadie está situado en una altura suprema desde la cual pueda desafiar las diferentes opiniones humanas. Todo el mundo está atado: —sépalolo o no—, con su opinión a cualquier sitio que debe defender, quiéralo o no.

Irónicamente, jamás se ha dado a conocer como muchos de estos hombres y mujeres, arrebatados de sus tierras y de su libertad y que en muchas ocasiones han preferido morir antes de ceder a los caprichos de sus opresores por conveniencia y ansias de poder.

Y es por ello que con orgullo lo escribo y digo, nos sobra valor y gallardía para sobrevivir a esta época y a mil épocas más.

“Cuán diversa sería hoy vuestra suerte
si conociese el precio de la libertad.”

—Policarpa Salavarrieta

Lágrimas

Por sus mejillas corren raudas las lágrimas retenidas, no paran, unas tras otras van cayendo sin ser detenidas. No se escucha ningún ruido, sólo esas bellas y tiernas lágrimas demuestran el dolor de años y años de lucha y sufrimiento. No hay temor, ni odio, ni rencor, sólo esas lágrimas cristalinhas que salen y salen sin cesar, inundándolo todo, llenando todos los espacios de ese trajinado rastro. Se cuelan por la comisura de los labios, entran en la boca sin permiso, ruedan y caen...

El ocaso de aquella vida buena, se empeña en ser mancillada por la duda, por haber dado rienda suelta a sus sentimientos. Está lleno de nostalgia, de desamor, tratando de enfrentarse a esta página en blanco para desbordar los sentimientos que puede expresar en estas locas ideas de protagonismo o quizá de desahogar en ellas la realidad y todos sus sentimientos.

¿Olvidar? Imposible, no se puede olvidar, al contrario, se rememora y se rememora, a cada instante, no dejan olvidar, unos tras otros, van narrando sus historias, caminando de un lado a otro, vacilantes; palabras llevadas por el viento, salen de cada boca palabras sin sentido.

Cuando ya el consuelo del rocío baja a la Tierra, invisible y silencioso, entonces tú, ardiente corazón, recuerdas lo sediento que estabas de las lágrimas divinas y gotas de rocío. Tú, el pretendiente de la verdad. Tú... ja, ja, así se burlaban los malignos de tu bondad.

Con razón, y sin razón, sin poder ser contadas, de boca en boca, esas caras y sus cuerpos toman forma, se van haciendo visibles, van teniendo forma: trágicas, infames, insulsas, cotidianas, sinceras, esquivas, fantásticas, inventadas. Llegan a cada rincón y las miradas son los jueces naturales. Y así, uno a uno, son juzgados, donde los dedos acusadores se olvidan de sus cuerpos, de sus errores: sólo se juzga y desde luego se condena. Es la misma cadena sin fin.

Y, las lágrimas siguen cayendo sin cesar, las imágenes

se arremolinan en la mente, son como torbellinos que van y vienen, no lo dejan en paz.

Vienen y van, tornándolo silencioso, taciturno, melancólico, retraído... ¿Qué más da, si ya no hay nada más?

Aquellos dedos que señalan, palabras que mancillan, acciones que atornillan y aprietan, ya no más, eso quisiera gritar, mas no puede. Sus labios se sellan, sólo siente la sal de aquellas lágrimas que siguen cayendo. No importan las miradas de aquellos dioses que se empeñan en juzgar.

Aquellos dedos largos, delgados, blancos, con uñas largas, se pasean por aquel rostro bañado en lágrimas, como pretendiendo detener el dolor, como queriéndole borrar todo aquello que le aqueja. Pero no; el fluido lloroso con sabor a sal lo inunda todo, moja sus dedos que se deslizan sin poder detener aquel preciado líquido que hacía muchos años no le era familiar. Se agacha, se acurruca, nuevamente tapa su rostro con aquellas manos sedientas de amor. No pronuncia aún ningún sonido. El silencio que invade su corazón y su alma no le permiten nada.

Más el tiempo, enemigo o amigo, locuaz, inclemente, silencioso, fugaz, destructor de vidas, creador incesante de dolor y felicidad... quizá le dé una nueva oportunidad para detener aquellas lágrimas y llenarlo de felicidad.

Recomendación

El hijo de Rana, rín rín renacuajo, salió esta mañana muy tieso y muy majo. ¿Para dónde va? Le grita mamá, para la biblioteca cárcel distrital, quiero leerme todas las fábulas de Rafael Pombo y sus poesías ¿Poesías? —“El sólo escribió fábulas, además, ya está muerto, mejor lea un escritor vivo.”—

Pero él hace un gesto y orondo se va.

¡Muerto que va! entonces recuerda... “Mañana caerá yerto el pulso con que escribo y, a muchos que dirán:

—¡Pobre! está muerto.—

Y mi pensamiento gritará:

—¡Estoy vivo!”—

Halló en el camino a un ratón vecino, y le dijo: amigo venga usted conmigo, vamos a la biblioteca a leer todos los escritos de Rafael Pombo, el escritor colombiano que está de moda.

—¿Y, hay libros ilustrados?—

—¡Claro! Las bibliotecas no tienen límites y, también hay muchos programas de los que podemos disfrutar.—

A poco llegaron, y avanza ratón, estírese el cuello, coge el aldabón, da dos o tres golpes... Se hicieron la venia, se dieron la mano.

—¿Puede usted prestarnos todos los libros de Rafael Pombo?—

—¡Todos! A ver; les nombrare algunos y ustedes escogen...—

Simón el bobito, Juan Changuero, Pastorcita, La Pobre Viejecita, El Gato Bandido o el Renacuajo Paseador, tenemos poesía; muchas de ellas inéditas. Y, por supuesto, cuentos

—¿Cuál quieren?—

—¡Ay! De mil amores, todos los leyera señora, pero es imposible darle gusto ahora.—

—“¿Y, ¿quién es, ese Rafael Pombo, del que tanto hablan, yo no lo había oído mentar?—

—¡Ay! Renacuajito; nada más y nada menos, que un doctor en matemáticas e ingeniero bogotano, nacido en 1833,

que fue secretario perpetuo de la academia colombiana de la lengua. Su obra cuenta con fábulas y cuentos en verso que lo convirtieron en el más fecundo y destacado de los poetas colombianos de su época, y es mi escritor favorito.—

Más estando en esta brillante explicación, la gata y sus gatos salvan el umbral, y vuélvase aquello el juicio final.

En medio de tal confusión renacuajito recita el preludeo “Conversando con el pueblo”

—Yo conozco señores, un remedio para quitar cualquier rival del medio, sin darle cosa alguna de botica, ni echarle por el cuello pica pica, ni hacerlo ir de recluta...—

—¡Librame Dios de tales picardías!—, pero doña gata vieja trincho por la oreja al niño ratico, maullándole:

—¡Hola! ¿A qué se dedican?—

—A recordar al gran Rafael Pombo.—

A lo que doña Gata replicó:

—Esas flores murieron, pero ¿Has muerto tú? Fragancia inmortal del alma mía.—

Don renacuajo, mirando esté asalto tomó su sombrero, dio un tremendo salto, y abriendo la puerta con mano y narices, se fue dando a todas noches muy felices, y siguió saltando tan alto y aprisa, que perdió el sombrero, rasgó la camisa, se coló en la boca de un pato tragón y éste se lo embucha de un solo estirón.

Y así, concluye, uno, dos y tres, ratón y ratona y rana después, Los Gatos comieron y el pato ceno y acá concluye mi recomendación.

Existencia

Y me afeité para estar listo, supuestamente, para un día más de labores cotidianas. ¡Claro! Teniendo como referencia que lo posible y previsible es que no exista.

Pasé mi mano sobre mi rostro, la deslicé suavemente y, en efecto, había quedado bien afeitado. Y mi pregunta mental fue: ¿Para qué? ¿A quién iba a agradar? Era algo estúpido. Los veía correr, moverse, caminar como máquinas; eran robots andantes y, acaso, en algún momento pensantes... no lo sabía. Analizo sus cabezas, sus rostros, escudriño dentro de ellos, me meto, exploro... Algunos son predecibles, los conecto a mí y sé cómo son, cómo actúan, determino su comportamiento, no pasa nada con ellos.

Sin embargo, hay otros cuyos rastros denotan y dicen otras cosas. Es como si su cerebro no los gobernara, como si sus cuerpos fueran independientes, máquinas autónomas, sin cerebro, sin voluntad. Así, nada más, movidas por inercia, extraños seres, llenos de infinitas incógnitas dispuestas a ser descubiertas, pero, a fin de cuentas, previsible; como el juego del gato y el ratón. Eso es lo que intento al mantenerme dentro de sus cerebros.

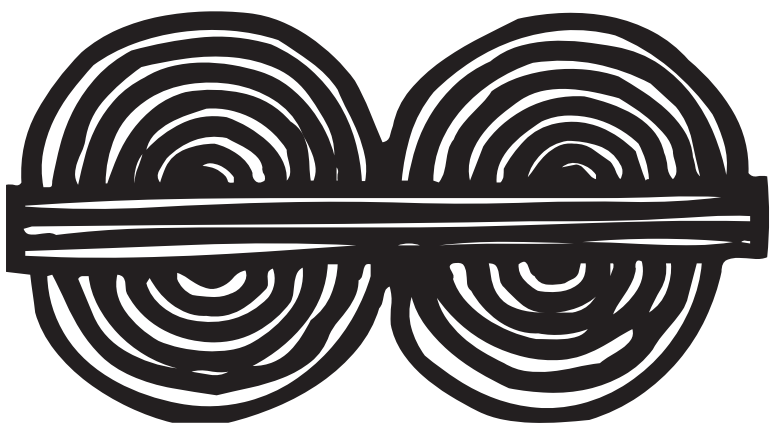
Aunque sus ojos son como espejos que me permiten ver desde muchos ángulos: son pequeños, grandes, rasgados, claros, oscuros, expresivos, melancólicos, tristes. Hay algunos que aman, y adoran y otros que odian. Pero todos, sin saberlo, traicionan y engañan, estúpidos e insensatos; una experiencia más de la fragilidad e inconsistencia absoluta de la raza de animales dominantes de este planeta denominado Tierra; aquella que se aloja en las uñas de todos los que la trabajan, que la aman, que la odian, que la consideran de su propiedad: señal de ignorancia y falta de capacidad de pensar más allá de sus narices, chatas, aplastadas, respingadas, rectas o curvas por los golpes recibidos al transcurrir la existencia, vacía e insípida, de algunos que yacen como sus congéneres, sumidos en la oscuridad de la codicia y de la mezquindad de algunos hombres.

Postura absoluta de los que se creen dueños y poseedores de la razón. Aunque de vez en cuando se preguntan: ¿Cuál razón? ¿Qué es la razón? ¿Existe? Y, si existe, ¿por qué daña? ¿Por qué tortura? ¿Por qué interviene el corazón?

Desafío inconsciente, movimiento del péndulo sin sensación, perseguido por doquier; aquellos cerebros, aquellos rostros, altaneros, ensombrecidos, sin futuro. Y, me lamento. ¡Suspiro, en una explosión!

Vidas e infame risa sin razón. Mira dentro y aclárame de una vez por todas: ¿por qué existimos?

¿Por qué? Y, ¿para qué?



Sombras

Sombras que contaminan,
Sombras que van vagando sin rumbo,
Sombras en tus ojos, que te enceguecen,
Sombras que me alejan de ti.

Sin cielo, sin sombra, sin ti.
¡Oh, tiempo, detente, para alcanzarte!
¡Oh, luz, ilumina el camino!
Qué rayos y centellas caen sobre mí.

Mis ojos se fijaron en ti,
sólo sé que, cuando te vi, suspiré,
quise gritar y ni siquiera pude hablar.

Mis labios secos, ansiosos,
de tu néctar se abrieron de par en par:
dame tu vida, dame tu amor,
pon tus labios sobre los míos y dame calor.
Que tu aliento sea el elixir
de la sombra de tu amor.

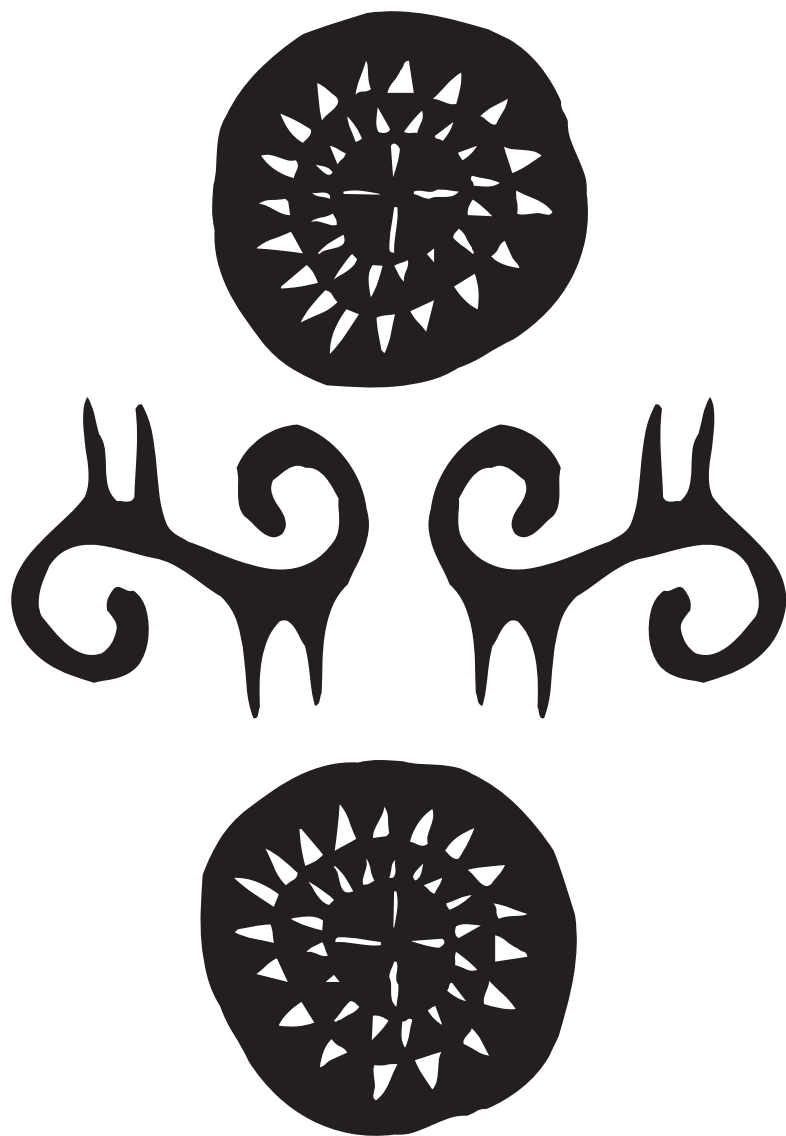
Libertad

Cuando lo único que importa es la libertad, realmente esta no tiene sentido. ¿Qué se busca? Un sentimiento irreal, un momento, un espacio, pues ya lo tenemos, sólo que no nos damos cuenta; lleguemos a la realidad.

Cuando se haya recorrido un gran tramo de nuestras vidas, lo que se desea es una porción de espacio, de intimidad y, por supuesto, muchos más del saber, aquél que hemos acumulado a través del recorrido por las rutas intrincadas del conocimiento. Aprender aprendiendo consiste en ver las cosas, casos que quizás ya hemos visto, y vivido, pero que pasamos por alto.

Veámoslo de otra forma: hoy las fábulas, los cuentos, las tradiciones orales y escritas nos llevarán por caminos desconocidos, los cuales caminaremos ayudados de la fantasía y la realidad.

¿Cuánto tiempo tardaremos en esta nueva aventura? Quizá el resto de nuestras vidas. Lo cierto es que siempre hemos tenido libertad.



¿Para qué llorar?

Este es un recorrido por un mundo desconocido e ignorado en el que me sumergí un día de noviembre, aquel en que dos hombres y una mujer se me acercaron al salir de mi trabajo:

—¡Usted tiene una orden de captura! ¡Queda detenido!

Así inicia mi periplo por este recóndito mundo carcelario.

Los rayos del sol asomaron por una pequeña reja que da al parqueadero de la URI¹, a la que fui llevado inicialmente; observar las miradas, las posturas y el hacinamiento de aquel recinto de cuatro paredes me llevaron a otra dimensión. Mis ojos no se adaptaban, mi cabeza retumbaba, mi estómago quería reventar, la respiración se entrecortaba y sólo atinaba a pensar: esto no es real.

Regreso un instante a la realidad. Escucho una voz:
—A bañarse todo el mundo.

El sonido de los pies descalzos y de las chancletas retumbaban al unísono acompasadamente en aquel pequeño lugar. Son tres los espacios de baño, un tubo metálico en cada uno funciona como ducha de él sale un chorro de agua extremadamente fría, no hay cortinas, ni puertas, así que todos los que esperamos turno pueden observar los desnudos cuerpos que ingresan y salen apresuradamente de estos deprimentes lugares.

Mi cuerpo tiembla al recibir el chorro de agua. ¡Es un choque brutal! Es la primera vez en mucho tiempo que me ducha con agua fría. Siento que mi cuerpo se estremece cuando el agua cubre todo mi ser; es una sensación que no recordaba.

Alguien me pasa una botella con jabón líquido. Lo recibo mecánicamente, al tiempo que trato de cubrir mi desnudez. Sentía una pena enorme... es que quizás no era sólo la desnudez de mi cuerpo, sino también la de mi alma, lo que todos aquellos hombres veían en mí. El agua seguía cayendo.

—¡Ya salga! ¿Cree que está en su casa?

Salí de allí apresuradamente, escurriendo ese precioso líquido frío del que no sabía cómo ni con qué quitar. Sacudí

mi cuerpo, estremeciéndolo, y con las manos escurrí el agua que me cubría.

Otra vez aquella ronca voz me hizo despertar:

—Conteo, conteo, conteo.

Tres veces.

—¿Qué carajos será eso?—pensé.

—De a cinco—gritó.

Todos corríamos en diferentes direcciones hasta que lográbamos hacer grupos de cinco. Mis nervios me traicionaron, quedé quieto. Algunos se acercaron a mí, así que por primera vez fui contado.

—Fila para el desayuno—dijo.

Todo pasa tan rápido, era como un remolino que nos consumía vertiginosamente.

—De último, de último, los nuevos son siempre los últimos.

Gracias a ello, tuve todo el tiempo para observar lo que servían; Cuando me tocó el turno, ya no tenía apetito. Había desaparecido por completo.

—No quiero —fue lo único que atiné a decir.

Pero más me demoré en decirlo que aquellas viandas desaparecieron de mis manos.

Con el paso de los días, me fui adaptando al baño con agua fría. También aprendí qué era y qué hacía la pluma², los carros³, los traídos⁴. Y desde luego, supe cómo era el infierno.

Estar en este lugar es una afrenta para cualquier ser humano. Afortunadamente, no duré mucho tiempo en ese purgatorio.

—¿A dónde nos llevan?

—No sabemos —respondieron.

Después de un recorrido de media hora llegamos a la Cárcel Distrital. Nos pasaron el detector de metales, los perros, y la rigurosa requisa. Nuevamente baño con agua fría —no podía faltar—.

Lo poco que traíamos de elementos personales y que no eran reglamentarios para la cárcel, a la caneca de la basura.

Nos dotaron del famoso y conocido uniforme color naranja.

Nos pasaron por la peluquería: barbas, bigotes, largas cabelleras, cayeron al piso. Cambiamos de aspecto, todos iguales, ¡parecíamos robots!

En ese lapso de tiempo recordé mi primer día de presidio.

—¿Será igual?

Alguna vez escuché que en esta cárcel había en las duchas agua caliente.

—¡Sería genial!—pensé—. Bañarme con agua caliente, riquísimo. ¡Cuánto le hacía falta a mi cuerpo aquella sensación! Temblé como la primera vez, pero era un temblor de esperanza.

Nuevamente desperté de mi letargo al escuchar mi nombre:

—Esta es su colchoneta, su almohada y sus cobijas. Firme aquí. Y no viole ninguna de nuestras reglas o sabrá y sentirá lo que es el régimen carcelario.

—¡Échenlos! ¡Ese culo es mío, carne fresca!—fueron algunas de las frases que alcancé a escuchar en medio de la gritería ensordecedora que acompaña nuestro ingreso al patio asignado.

Una sensación de desconcierto invadió mi espíritu y, con mis compañeros, nos dirigimos al lugar equivocado, lo que fue digno de más risas y gritos. Nunca le pregunté a mis compañeros de celda qué habían sentido en aquel momento.

Ya instalados, mi pensamiento seguía fijo en saber si era cierto que había agua caliente en las duchas.

Al bajar al patio, me atreví a preguntar:

—¿Es verdad que acá las duchas tienen agua caliente?

Unos ojos profundamente negros me miraron fijamente. Esbozó una sonrisa irónica y luego, con voz fuerte, dijo:

—Este maricón, ¿cree que llegó a su casa o qué? ¡Niña bonita, está en la cárcel, huevón!—

Y gritó a todo pulmón para que todos lo escucharan:

— ¡Esta belleza preguntó que si hay agua caliente en las duchas!—

El patio retumbó por los golpes en las mesas, por los

gritos y las risas. Fue la respuesta. Quedé paralizado, yo solo quería saber si era verdad lo que había escuchado.

—Se nota que este viejo no es canero. Y si le toca saltar⁵... — Salté.

—Párese firme, pida pista⁶ con uno solo, porque si no, se le viene toda la casa⁷ encima. Y ahí sí, perdió—

Sentenció uno de mis compañeros de celda, un hombre robusto, con varias cicatrices en su rostro que contrastaban con unos profundos ojos verdes.

Es irónico, por estar pensando en las duchas con agua caliente, no me había fijado con quién iba a compartir mis días de presidio: tres personas llenas de sorpresas. Un ladrón profesional, un indigente y un conductor de ambulancia; hombres acostumbrados a la cárcel, llenos de experiencia. Y yo, encarcelado por una versión.

Esos éramos los habitantes de aquella pequeña celda. Los fui conociendo poco a poco, mientras yo seguía anhelando un baño con agua caliente.

Ha pasado el tiempo. He cambiado de patio, de compañeros, y seguía bañándome con agua fría.

Hasta que un buen día empezó a correr el rumor: —Van a colocar agua caliente en las duchas —decían.

Fue un momento especial cuando lo escuché. Sin embargo, yo no creía. Hasta que por fin llegó aquel día en que mis sueños se convirtieron en realidad.

Sí, era cierto. Después de mucho tiempo, mi sueño se convertía en realidad...

¡Por fin, me bañé con agua caliente!

No lloré, pero sí canté.

GLOSARIO

1. URI: lugar al que llevan inicialmente a todos los acusados.
2. La pluma: hombre al que se le domina el jefe, tiene poder sobre todos los reclusos de un patio y el respeto de los guardias.
3. Los carros: aquellos a los que la pluma les impide parte sus órdenes y cumplen sin preguntar, también tiene la función de llevar y entregar todo lo que generalmente es ilícito.
4. los traídos: todos los que no pertenecen a la casa pero que se prestan en cualquier momento para las riñas.
5. Saltar: enfrentamiento con punta o arma blanca, en un lugar destinado para tal efecto.
6. Pista: lugar indicado para desarrollar las riñas, generalmente fuera del alcance de las cámaras.
7. Casa: grupo de reclusos comandados por la pluma, que gobierna los patios de las cárceles.

Aprendí

Contigo aprendí,
Que el amor es real.
Contigo aprendí,
A amar de verdad,

Contigo aprendí lo que es la felicidad;
Contigo aprendí a soñar;
Contigo aprendí a ver la realidad,
Efecto de un sentimiento que brota
Con ingenuidad.

Contigo aprendí que no es lo
Mismo un sueño, que la realidad;
Contigo aprendí a no divagar,
Festejo de risas y felicidad.

Sobreviviré

Lo he perdido todo, ya no queda nada, tanta lucha, tanto sacrificio, todo ¿Para qué? ¿Qué saqué de tanto esfuerzo? ¿Qué? Nada... Mis hijos ya no están, mi esposa tampoco, mi familia se apartó, todos me han dejado.

¿Qué fue lo que hice? ¡Actuar como lo dicta la sociedad! No robé, no maté, sólo pensé y hablé diferente de los demás, pero yo no lo sabía, entonces hoy todo se ha perdido... No me queda otro recurso para remediar esta situación...Desaparecer... Sí desaparecer para siempre, eso será lo mejor y, todos felices.

Mañana lo haré: mi arma está lista y mi mente también. Escribiré mi historia y descansaré.

Mañana moriré. El suicidio no me vencerá, porque ahora sé, que soy mucho más. Utilizaré mi arma predilecta,—la paciencia—, y, mi mente como la mejor de las herramientas para volver a nacer.

Hoy sé, que nada se ha perdido aún.

¡Sobreviviré!

El escritor

¿Usted quiere el puesto de escritor? Si los restos de los grandes escritores se revuelcan en sus tumbas al tratar de descifrar lo que usted torpemente escribe o, por lo menos a nuestro entender, eso es lo que intenta, sin que por ahora llegue a tener un buen resultado, del cual usted se jacta sin ningún pudor.

¿Qué es lo que pretende? ¿O, hasta cuando intenta demostrar lo que es imposible? Llena y llena espacios, hojas y hojas, gasta tinta, papel, tiempo y el resultado siempre es el mismo ¿Acaso no se da cuenta de la triste consecuencia? Contribuya con el medio ambiente, deje todo y dedíquese a otros menesteres, algo que produzca, que muestre resultados, va a llegar a la edad senil y no ha logrado nada, sienta algo de vergüenza ¡Ya no más! ¡Pare! ¡Deténgase! Piense que el tiempo no se detiene, que velozmente pasan los días, los meses y los años y usted hágase una pregunta, al menos inténtelo, ¿será que lograré llegar a algún punto? Tal vez muerto, pero, en fin, llegare.

Escriba con sentido, no haga lo de siempre, cambie de estilo, sea claro, por ello es que no le entienden cuando leen lo que usted escribe, si a eso, se le puede llamar escritura, pues es un cúmulo de signos diferentes, que no llevan al lector a ningún lado,

¿Es usted consciente de que su escritura no representa de ninguna manera a los escritores contemporáneos, y mucho menos a los artistas de las letras antiguas? ¡Váyase al carajo! Escriba bien o al menos inténtelo, que ya estamos cansados de leer tanta basura. ¿Está listo? ¡Inténtelo de nuevo! Iniciemos con un cuento.

— Érase una vez...

— No, así no se inicia un cuento —.

— ¿Cómo qué no? He leído muchos que inician así—.

— Eso era antes ¡Ya no!, inicie de nuevo—.

De las entrañas de la Tierra, apareció un animalito, era de vivos colores y, muy pequeñito, alzó sus diminutos ojos hacia el cielo azul. Cegado por el brillo de aquel color y por

la destellante luz, retrocedió tan rápidamente como pudo hacia el hueco del que había salido, su pequeño corazón latía con mucha fuerza, casi se salía de su pecho, se detuvo jadeante, quedó inmóvil un instante.

—¡Pare! ¡Pare! Muy infantil, comience uno nuevo—.

—Erase una vez, unas bellas y hermosas flores, que esparcían su aroma, dejando probar su dulce néctar.

—¿Otra vez? que así no se inicia un cuento...

—De nuevo—.

Una bella colibrí ha pasado primero por allí dejando su aroma; sí lo que escribo no rima, es porque el colibrí camina; cuánto tiempo volando sin descanso y, ahora una flor lo contamina, ¿Para qué llevar en mi pico el polen de flor en flor? Y, ¿Para qué? Escribiré mi historia y a descansar.

—Interesante, pero vuelva a empezar, que sea otro.

El elefante más Inteligente Del Mundo

Narrador: Señoras y Señores, niñas y niños, Bienvenidos al circo, verán los payasos, quienes los harán morir de la risa, los trapevistas, los animales salvajes y, el sorprendente Paco... El elefante que canta y baila... ¿No me creen?... Ya lo verán...

Bienvenidos

—Narrador: y, aquí estamos... les presento a Paco, el elefante que canta y baila y su entrenador, el gran...

—Entrenador: Paco es el elefante más inteligente del mundo, sólo con un par de latigazos... ¡Pongan atención! ¡Pónganse cómodos! eso sí, hagan silencio, mucho silencio...

— Narrador: ¡Sensacional! ¡Aplausos! Ya lo escucharon y vieron... sólo con un par de latigazos, rápidos y profundos, el gran entrenador... logró que Paco bailara y cantara... ¡Aplausos!

Y no olviden comprar los grandiosos anillos de marfil, que nuestras lindas modelos les están ofreciendo, eran de los colmillos de Paco, el Elefante más inteligente del mundo...

—¡Uy! ¡Qué cruel! Inicie otro cuento, no, mejor no ¡Retírese!

Le daremos el puesto a otro que al menos quiera escribir algo diferente.

¡Siempre lo mismo! ¡Estos escritores!



Vea y descargue
la colección **Libros Libres** en
<http://la40.co>



9

781105

951350

UNA INICIATIVA DE



Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación
Reconocimiento como Universidad: Decreto 1297 del 30
de mayo de 1964. Reconocimiento personería jurídica:
Resolución 28 del 23 de febrero de 1949 Minjusticia.

CON EL APOYO DE



Red Distrital
de Bibliotecas
Públicas de
Bogotá

